

Capítulo uno

Bueno, nací un día horrible. Fue en el amanecer del 31 de diciembre de 1999. O sea que a mi edad ya pertenezco al siglo pasado, que ha sido el peor siglo de la humanidad. El otro día se lo comenté a Cocó, la profesora.

—Qué horror —le dije—. El siglo de Hitler, Stalin, Franco y Pinochet.

Pero ella se quedó meditando; a fin de cuentas, también ha sido su siglo.

—¿No te has puesto a pensar? —me retó—. Hace un siglo no existían la televisión ni el cine... Ni el teléfono, los aviones, el rock, las pizzas... Tampoco había, desde luego, computadoras, internet ni Twitter.

Así que, después de todo, el siglo XX no fue tan siniestro. Pero el horror seguirá ahí. Dentro de diez

años, cuando me gradúe como arquitecta (o bióloga o química, todavía no sé), mis sinodales anunciarán: “la licenciada Azul Portocarrero, que pertenece al siglo pasado...”.

Mi nombre ha sido siempre un problema. Me podría haber llamado Roja, o Amarilla, o Verde. O Blanca, como mi tía Blanca Portocarrero, que es una coreógrafa bastante famosa. Pero no: me pusieron Azul por la discusión que tuvieron mis padres apenas se me ocurrió nacer. Papá quería bautizarme como Estrella (o Estela, que es lo mismo) y mamá insistía en ponerme Marina, así que resolvieron que ni Cielo ni Mar ni Estrella Marinera, sino Azul, como lo único que media entre el alto cielo y el profundo mar. Azules son los ojos de Harry Potter, azul la casa de Frida Kahlo y azules los jugadores del Cruz Azul, mi equipo. ¿Algún problema?

Y como a la hora de la pila bautismal el párroco puso cara de no comprender, ni modo, le agregaron María a mi nombre: Azul María Portocarrero. Por eso Verónica, mi mejor amiga, me dice Zulma, que suena a nombre de una pésima actriz. ¿Se imaginan? “Zulma Portocarrero, protagonista de la película *El romance trágico de la princesa destronada*”.

Pero lo peor no es eso. Lo peor, lo peor, lo peor es que siempre se olvidan de mi cumpleaños porque, como la fecha coincide con el Año Viejo, nadie se acuerda de llevarme mi regalo o hacerme un pastel de fresa. “Ya en Navidad tuviste muchos juguetes, ¿no es cierto?”. Nadie me canta *Las mañanitas*, nadie me susurra el *Happy Birthday* al despertar, y los abrazos que me dan son para desearme un feliz año nuevo. “¡Que el cielo te colme de parabienes!”, como exclama mi tía Blanca. Parabienes, paramales y pararregulares. Nadie me celebra nada, ¡nunca cumplo años! No sé lo que es soplarles a las velitas de un pastel cubierto de merengue.

Por eso el día 31 de diciembre le tuiteo a todo mundo: “Feliz cumpleaños a mí, feliz cumpleaños a mí, ¡y que yo sea muy feliz!”. A lo que mis amigos y seguidores (ya tengo veintitrés) responden: “Azul, ¿no te confundiste?”, “No importa, que tengas un Feliz Año Nuevo” o “No seas megalómana”.

Alguna vez mamá escribió un artículo sobre mi caso. Mamá es redactora en la revista *Katerina*, “el espacio de la mujer actual”. A veces entrevista a artistas de cine, hace crónicas de viajes (Puerto Vallarta, Oaxaca) o escribe artículos de gastronomía

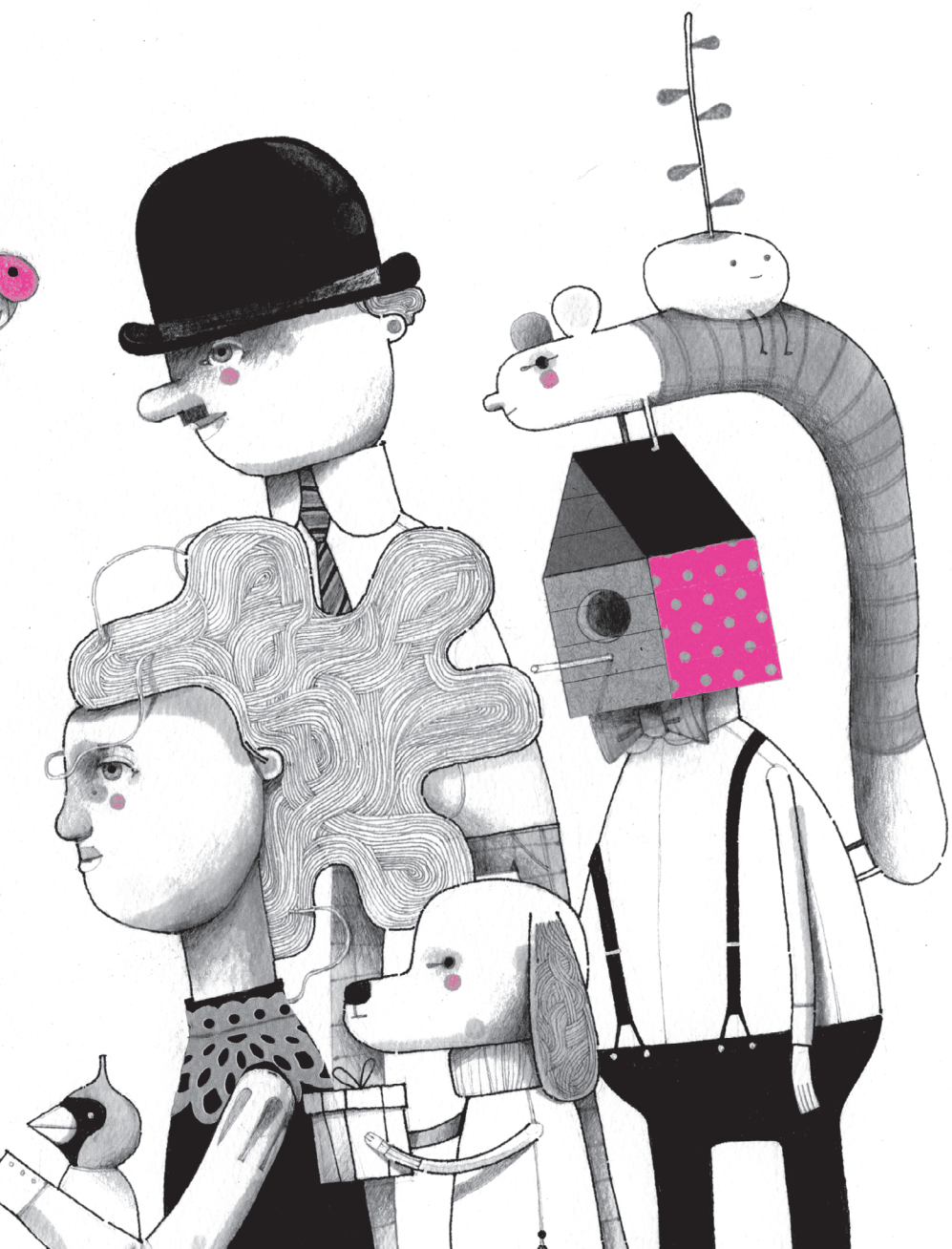
o psicología infantil. El que era sobre mí no lo publicaron.

Pero lo peor no es haber nacido el último día del segundo milenio, que, se los aseguro, será el último que cumpla la humanidad. O qué, para como van las cosas, ¿esperan que los *Homo sapiens* veamos el despertar del 1 de enero del año 3000? No llegaremos ni al 2122. Como les decía, lo peor no es eso sino el ambiente en casa. Algo se está resquebrajando, algo anda mal. Mamá llora a escondidas, como en las telenovelas que ve mi abuela Tencha (así les dicen a las Hortensias). Hay algo, mala onda, negro. Como cuando se anuncia una tormenta y todos estamos esperando el relámpago que iniciará la granizada.

Mientras tanto, aguantamos.

Por eso me he puesto a escribir estas páginas. Son las once de la noche. Las once y once minutos. Estoy en la mesa del desayunador y el foco de la lámpara sobre mi cabeza titila como si fuera a apagarse. Bajo la mesa, echado sobre mis pies, dormita el viejo Lucas. Él no sabe nada. Nada de nada. Me queda, al menos, su tibieza.





Querido diario...

¿Es esto un “querido diario”? No lo sé. No lo creo. Ésta es una afición definitivamente retro, aunque empieza a divertirme.

No, “querido diario” no. Queridos ustedes, que leerán las páginas de este cuaderno oculto bajo la caja de mis chalinas cuando lo descubran en 2089 y yo sea una ancianita que ya no sepa ni cómo se llama.

¿Para qué escribir un diario? O mejor, ¿para qué entregarnos a la ensoñación? O mejor, ¿para qué vivir?

Bueno, qué preguntas más necias. ¿No íbamos a hablar de mí?

Creo que exageré. Volví a leer lo escrito el sábado pasado y debo decir que no me he apegado mucho a la verdad... La verdad y la mentira, lo cierto y lo erróneo, la precisión y la vaguedad: los fantasmas que me persiguen. Mi padre es científico y siempre está buscando la exactitud, nunca el “más o menos” de las cosas. Mi madre vive de escribir (en revistas y periódicos) y por eso nos exige precisión en las

palabras. ¿Húmedo o mojado? ¿Hermoso o bonito? ¿Apagado o sombrío? Todo el tiempo está corrigiéndonos y consultando el diccionario que guarda en su bolso.

Bueno, estábamos en otra cosa. Los días de mi cumpleaños inician con una sorpresa bajo la almohada. Desde que me acuerdo, siempre despierto con un libro cuidándome el sueño. Tengo diecisiete libros y once años (once años, diez meses y veintidós días). Varios de esos libros han sido colocados ahí por mi padre, el doctor Román Portocarrero, que ahora deambula como una ostra recién sacada del mar.

Es decir, papá camina y camina en silencio, fuma a escondidas, no habla con nadie. Piensa y piensa, camina y camina, piensa y camina igual que una ostra (aunque las ostras no tienen pies). Luego sale a la calle, da varias vueltas a la manzana, se desvía al parque, a la avenida donde están las grandes tiendas, se mete a un café a beber una taza. Luego regresa, casi no come, se recuesta en el sofá de su estudio a mirar el techo encalado. Mamá fue quien lo bautizó como “míster Ostra”. No habla, no duerme. Pobre papá.

Claro, si yo fuera él, haría lo mismo. Hace tres semanas lo despidieron del Instituto Nacional de Astrofísica. A él junto con otros doce investigadores cuya labor no era “prioritaria”. Se quedaron, eso sí, los encargados de la limpieza, los veladores, las meseras de la cafetería y todos los directivos y el personal administrativo. Pero el doctor Portocarreiro, cuya especialidad es el estudio de la “partícula de Dios”, ¡a la calle! Menos mal que le entregaron una modesta gratificación.

Así que pobre papá. Ya se imaginarán en qué es lo que está pensando todo el tiempo: en cómo pagar el súper de la semana y en la partícula de Dios, que es un concepto bastante difícil de explicar.

Bueno, además está el satélite de puntos de calor (SPC) que dejó a medio construir en la azotea. Iba a ser su gran contribución a la crisis energética global, pero quedó en eso. Si alguien entra al cuarto de la azotea, donde organizó su “laboratorio”, se topará con una mesa destartalada sobre la que reposa el SPC. El aparato semeja una cubeta de lámina llena de cables, transistores, diodos, tubos y lentillas de precisión que mandó fabricar en una óptica especializada. El problema fue que al SPC le faltó,

además, el cohete para lanzarlo a la estratósfera y ponerlo a circunvolar el planeta. Pequeño detalle. ¿Cuánto cuesta un cohete *Titán*, como el que necesita? Debe de costar más que el Tsuru que comparten mamá y papá.

Lo que no saben es que el doctor Portocarrero hipotecó la casa donde vivimos (hasta el día de hoy) a fin de tener capital suficiente para su SPC, que se ha quedado sin terminar y ya comienza a juntar polvo. Por eso, ahora que lo han despedido del Instituto de Astrofísica la familia ha entrado en crisis.

CRISIS, con mayúsculas, que es una manera elegante de decir que falta dinero. Ya saben, pues, en qué piensa mi padre cuando se pone a caminar por el patio, las recámaras, la estancia, la cocina...

—Papá, por favor, te vas a acabar las suelas de los zapatos —lo regañó el otro día mi hermana Sara. Así que papá se detuvo, se recostó en su sofá, se puso el antebrazo sobre el rostro... y minutos después ya estaba otra vez en lo suyo. Caminar, pensar, gastarse las suelas.

De los libros que me ha regalado en mis cumpleaños hay tres que son mis favoritos. Uno se llama *El lagarto verde que era lila*. Obvio, es la historia de un

camaleón que cambia de color según el medio donde se mueve, y cada vez que varía de color cambia también de personalidad. A veces permanece taciturno (cuando es blanco), a veces frenético (cuando es rojo), a veces desquiciado (cuando morado), a veces melancólico (cuando amarillo), y al final logra el “equilibrio total” cuando se hace transparente.

Otro es el *Diccionario ilustrado de lo inexistente*, en el que se describen todas las cosas que jamás encontraremos en ningún sitio. Por ejemplo, el aracabasco, un pájaro que nunca duerme y siempre está volando. O la molotomanía, una enfermedad rara que nos hace soñar los sueños de otras personas, nunca los nuestros, o el zivinículo, que permite ver los objetos a través de los muros. El tercer libro trae todas las canciones de Cri-Crí, que se llamaba Francisco, no Gabilondo, y que ya casi nadie canta.

El año pasado, cuando cumplí diez, en lugar de un libro mi padre me dejó bajo la almohada un disco de Izzy, una soprano inglesa de nombre Isobel que canta como los ángeles. A veces, cuando escucho *Una furtiva lágrima*, suelto las mías..., no tan furtivas.